

# ¡NO ME JUDAS SATANAS!!

Nº: 287

**Joan  
Crawford**

**CESAR MARTIN**



***“25.000 niñas han sido bautizadas con el nombre de Joan este año. La mitad como tributo a mí, y la otra mitad por Juana de Arco. ¿No es maravilloso?”. Joan Crawford, 1940.***

Bonita frase. Pocas personas en el mundo se habrían atrevido a formular semejante comentario sin temor a quedar en ridículo. Pero nuestra protagonista de este mes no tenía complejos en lo que al ego se refiere. Si enumerásemos a las criaturas más asquerosamente egomaniacas y egoístas de la historia de la humanidad, ella, la divina **Joan Crawford**, probablemente ocuparía un lugar destacado de la lista. Fue sin lugar a dudas la estrella de cine por excelencia, la actriz más ambiciosa y más volcada en el culto a su persona que ha pisado la tierra. Mientras otras de sus contemporáneas se quitaban la máscara de “*movie stars*” como mínimo de vez en cuando y trataban de comportarse como seres humanos, **Joan** se empeñaba en ejercer de mega-estrella a todas horas.

**Marilyn** se sentía agobiada a menudo con la responsabilidad de satisfacer a los fans, **Greta Garbo** aseguraba no importarle en absoluto el cine y cuando una situación no era de su agrado rápidamente amenazaba con volver a Suecia, **Bette Davis** disfrutaba siendo actriz, no estrella de cine, **Jean Harlow** necesitaba ser una persona normal cuando no estaba delante de una cámara. Todo esto le resultaba incomprensible a **Joan Crawford**. Para ella la adoración de sus seguidores y el glamour de Hollywood eran las cosas más importantes en la vida. Y, con una actitud así, es fácil imaginar la enorme cantidad de anécdotas escabrosas que generaría a lo largo de su carrera. Hablar de **Joan Crawford** es hablar del Hollywood más majestuoso y decadente que ha existido. Olvidad a las patéticas **Sandra Bullocks** de este mundo y retroceded la mirada a los

días en que ser una estrella de cine significaba marcar distancias con el resto de la humanidad, hasta el punto de comprar casi la inmortalidad.

## Joan Crawford





Incluso su rival más dura, la incombustible **Bette Davis**, llegaría a admitir con el paso del tiempo que **Joan Crawford** había sido la estrella de cine definitiva. En concreto declaró: ***“Ella es la personificación de la Estrella de Cine. Su mejor interpretación es Crawford haciendo de Crawford”***.

Todo en su vida estuvo relacionado con el divismo y la grandilocuencia de Hollywood; hasta cuando parecía comportarse como una persona real de carne y hueso, estaba actuando. Vino al mundo para eso, para transformarse en la emperatriz del cine, y sólo la enfermedad y la muerte le arrebataron su reinado. A diferencia de otras legendarias actrices, **Crawford** llegó a lo más alto siguiendo los métodos más sucios, o en otras palabras: saltando de cama en cama. Pero no por ello vamos a restarle méritos a su carrera. Lo que importa es que cuando por fin alcanzó la cumbre, pocas estrellas pudieron equipararse a ella en cuestión de grandeza y glamour.

Escaló puestos a base de revolcones con ejecutivos cinematográficos, rodó incluso algunas películas porno, y tras conseguir ver realizados todos sus propósitos, utilizó el sexo del mismo modo que aquéllos que habían accedido a ayudarla, y **Joan Crawford** se transformó en la gran ninfómana de Hollywood. Cada nueva promesa masculina que pasaba por Metro Goldwyn Mayer, acababa en la cama de **Miss Crawford**. Su historia de follones de sexo con celebridades es tan espectacular como el del mismísimo

**Howard Hughes**, e incluye a **Clark Gable, John Wayne, Glenn Ford, Spencer Tracy, Yul Brynner, Franchot Tone, Kirk Douglas, Cary Grant, Tyrone Power, Johnny Weissmüller** y hasta algún adolescente, como el actor **Jackie Cooper**, que a sus diecisiete añitos fue invitado por la diosa **Joan** a visitarla una tarde cualquiera, y acabó conociendo a la estrella en su intimidad, tras ser convenientemente bañado y perfumado (una regla de oro en el Reino **Crawford**). Tal como también le ocurriera a **Howard Hughes**, la poderosa **Joan** contempló con impotencia cómo algunas presas no caían bajo sus garras, pese a poner en práctica hasta el último de sus recursos; aunque la verdad es que pocos se resistieron a sus encantos. El tipo que se comportó con ella de un modo más grosero, rechazando sus invitaciones con una mala hostia hasta entonces desconocida por **Crawford** fue, cómo no, **Marlon Brando**, cuya irrupción en Hollywood dejó tan impresionada a la estrella como a cualquier otra mujer de la época. En principio, el rudo **Brando** no se ajustaba en absoluto al modelo de hombres que perseguía **Joan**, pero tras verle en **"Un tranvía llamado deseo"** se encaprichó inmediatamente de él, y le envió un telegrama que rezaba: **"Cuando quieras, puedes pasarte por mi casa y aparcar tu moto en la puerta"**. El mensaje era claro y directo, pero **Brando** no estaba interesado en viejas glorias de la era dorada del cine (cuando el actor debutó, **Joan** ya llevaba varias décadas reinando). Sin embargo, el silencio de **Brando** no calmó las ansias de **Joan**, y le comunicó al agente del actor que tenía un papel para él como amante suyo en una película, y esta vez sí, **Brando** respondió ¡y de qué manera! Su contestación fue sangrante: "En estos momentos no estoy interesado en rodar películas del estilo madre-hijo", una cruel burla que **Joan** no le perdonaría jamás.

También se ha creído siempre que **Joan Crawford** era bisexual, aunque no hay pruebas que lo confirmen. Según los rumores, es posible que llegase a acostarse con **Maril-**

**yn Monroe**, y hay indicios suficientes como para creer que se sentía atraída por **Bette Davis**, algo que añade más morbo si cabe a la fascinante relación entre ambas actrices. En una ocasión, años después de la muerte de **Crawford**, un periodista le preguntó a **Bette** si su rival en la pantalla y en la vida mostró tendencias lésbicas con ella, a lo que ésta respondió: **“¿Si Joan era lesbiana? ¡Dios! ¡yo qué sé! ¡nunca dejé que se acercase lo suficiente a mí como para comprobarlo!”**, una contestación típicamente **Bette Davis**.



Con lesbianismo de por medio o no, lo que es innegable es que **Joan Crawford** desarrolló una enfermiza fijación con la figura de **Bette Davis**, una extraña mezcla de odio, atracción, respeto animadversión, etc., que culminaría durante el rodaje de los dos únicos films que las reunieron en un mismo plató: **“¿Qué fue de Baby Jane?”**, uno de los mejores títulos en las filmografías de ambas, y **“Hush... Hush, Sweet Charlotte”**, que terminó en desastre total, con **Olivia De Havilland** sustituyendo a **Joan** a última hora, cuando la tensión entre ella y **Davis** se hizo insostenible. La fuente de anécdotas que relaciona a estas dos leyendas cinematográficas es interminable. Se odiaron como no se han odiado otras dos mujeres en la historia del cine, y por suerte plasmaron todas esas malas vibraciones en la magistral **“¿Qué fue de Baby Jane?”**. Como bien sabe cualquiera que conozca a fondo el mundo del cine, ciertas películas son mucho más que simples pedazos de ficción, ahí tenemos por ejemplo **“Don’t Bother**



**to Knock**" ("Niebla en el alma") y "**The Misfits**" ("**Vidas rebeldes**"), dos films en donde podemos contemplar a la verdadera **Marilyn Monroe**, con los rasgos que caracterizaban su personalidad. Pues bien, algo similar ocurre con "**¿Qué fue de Baby Jane?**" una película en la que no sólo vemos a dos personajes enfrentados, sino también la rivalidad y el odio entre las dos actrices que los interpretaron. La única diferencia que existe entre el guión de ese film y la historia real de **Bette** y **Joan** es el hecho de que ambas eran **Baby Jane** fuera de los platós; las dos eran igual de perversas y dañinas.

El detalle que pone de relieve de una forma más contundente la naturaleza venenosa de **Joan** es la turbia relación que mantuvo con sus hijos, un aspecto de su vida ampliamente publicitado gracias al escandaloso libro "**Mommie Dearest**", escrito por su hija **Christina**, que dio lugar también a una película titulada de igual modo y protagonizada por **Faye Dunaway**. Las revelaciones de **Christina** eran tan duras que **Dunaway**, fan a muerte de **Crawford**, batalló con ejecutivos y productoras hasta lograr el papel, ya que, según contó en su día, prefería ser ella quien mostrase el lado terrible de **Crawford**, porque al menos lo haría con cariño y no se ensañaría más de la cuenta. El film no deja en muy buen lugar al mito **Crawford**, pero no es ni más ni menos que el reflejo de la realidad. **Joan** ejerció de auténtica torturadora con sus hijos, sometiénolos a castigos físicos y psicológicos que sorprenden tratándose de una figura pública como ella.

Lo que se suele decir en estos casos es que este tipo de comportamiento es el resultado de una infancia desgraciada, y por lo que respecta a **Joan**, parece que la vieja teoría se confirma. Su niñez en San Antonio (Texas) fue triste y sórdida: abandonada por su padre, internada siempre en colegios, sometida a una dura disciplina y, para colmo, con historial de abusos infantiles de por medio. Parece ser que a la edad de 4 años era manoseada a me-

nudo por pederastas que conocían a su familia. Nunca sufrió una violación completa, pero era víctima de otro tipo de abusos. La pérdida de la virginidad le llegó a la tierna edad de 13 años, y a partir de ahí, su vida estaría marcada por la promiscuidad. Vivía con su madre y las dos alternaban los novios. Al cabo de un tiempo comenzó a bailar en antros de mala muerte y se casó con el saxofonista **James Welton**; un matrimonio que, evidentemente, duró lo mínimo. Las ambiciones de **Billie Cassin**, que era el nombre real de **Joan**, iban mucho más allá de la tranquila vida conyugal. Así que eligió un nuevo nombre, **Lucille LeSueur**, y probó fortuna como actriz porno. De las dos pelis X que rodó **Joan**, su futuro marido **Douglas Fairbanks Jr.** compraría todas las copias de una, pero la otra seguiría circulando por el mundo hasta nuestros días. Su carrera hacia el máximo estrellato, ya bajo el nombre definitivo de **Joan Crawford**, se inició en el despacho del ejecutivo de Metro Goldwyn Mayer, **Harry Raff**. Tras unos cuantos encuentros íntimos después del trabajo, **Raff** coló a **Joan** como actriz del montón en MGM. En los siguientes tres años, **Joan** trabajó duro para subir de nivel dentro del gigantesco estudio: fueron 13 películas las que tuvo que rodar sin que nadie advirtiese nada especial en ella, y por supuesto, la actriz pasó por la cama de cada nuevo director, en un intento desesperado por triunfar. Tuvo dos abortos y estableció una relación más o menos fija con el mafioso **Frank Orsatti**, que se encargaba de hacer trabajos sucios para el todopoderoso **Louis B. Mayer** (daba palizas a los enemigos del cineasta, le proporcionaba alcohol y mujeres, etc.). Decepcionada por lo lento que se estaba desarrollando todo en su escalada hacia la fama, **Joan** optó por volver a bailar en clubs, lo cual le permitió empezar a saborear una cierta popularidad. Pero la gran oportunidad para ella llegaría con el film **"Our Dancing Daughters"** (**"Vírgenes modernas"**, 28), en donde se las arregló para seducir a todos los tíos de la nación. La respuesta del pú-

blico fue tan entusiasta que MGM le ofreció un nuevo contrato mucho más lucrativo. Cuentan que ese repentino éxito elevó el ego de la actriz hasta el infinito, y durante varios días se dedicó a fotografiar las marquesinas de los cines en donde figuraba su nombre. Lo había conseguido, América acababa de enterarse de quién era **Joan Crawford**, aunque aquello naturalmente sólo era el principio.

Sus primeros días como actriz de peso dentro del entramado de MGM fueron movidos. **Joan** no se había amoldado a su nuevo status de estrella, y en pocos días fue arrestada tras atropellar a una chica con su coche e intentar darse a la fuga, y fue citada en dos casos de divorcio por ser la causante de la ruptura de ambos matrimonios. Ese tipo de publicidad era impensable en el Hollywood de entonces, y **Louis B. Mayer** la citó en su despacho y le dijo claramente que si pensaba seguir por ese camino estaba despedida. **Joan** comprendió la gravedad del asunto, y cambió por completo de actitud de un día para otro. Estaba decidida a someterse a todas las reglas del estudio y a ser la actriz modelo, el ejemplo viviente de lo que se suponía que era una profesional. Dejó de fumar para parecer más elegante, suavizó su lenguaje hasta rozar el ridículo (ya no se refería al acto sexual con las expresiones habituales, "follar" o "joder", para ella un revolcón era "*ir al cielo*"), cortó con ciertas personas, se hizo amiga del futuro marido de **Jean Harlow**, **Paul Bern**, un tipo culto y sofisticado que podía guiarla en la jungla del cine, y eligió como novio oficial al actor **Douglas Fairbanks Jr.**, famoso por su exquisita educación. El romance se publicitó de un modo increíble en la prensa, formaban la clásica pareja de cuento de hadas. Juntos aparecieron en el film "**Our Modern Maidens**" ("**Jugar con fuego**", 29), un buen truco de MGM para aprovechar su publicidad rosa, y no tardaron en formalizar su relación en el altar, para regocijo de los amantes de los cotilleos. La construcción del mito **Crawford** ya era imparabile, lo tenía todo: la publicidad

gratis, el maridito perfecto, el apoyo de MGM y una nueva dentadura que modificó la expresión de su cara y le dio un aspecto más *"classy"*. Sólo necesitaba codearse con actores consagrados en una superproducción y su puesto entre los más grandes ya estaría asegurado. **"Grand Hotel"** (**"Gran hotel"**, 32) se convirtió en ese trampolín que necesitaba para alcanzar la gloria.

MGM pretendía reunir en dicho film a sus estrellas más deslumbrantes: **Greta Garbo**, **Clark Gable**, **Buster Keaton**, **John Gilbert**... y le habían reservado también un pequeño papel a **Joan**. Era el sueño de su vida: trabajar junto a su mayor ídolo, **Greta Garbo**. Había crecido admirando a **Mary Pickford**, pero en esta etapa de su vida, la **Garbo** y en menor medida **Marlene Dietrich** eran sus máximos puntos de referencia. Como es lógico, una película de estas características, con estrellas tan cotizadas, creó problemas desde el principio. **Garbo** fue la primera en poner dificultades: bajo ningún concepto trabajaría con **John Gilbert**, ya que habían sido amantes en el pasado y no le daba la gana de volver a tropezarse con él. Tan pronto como la diva pronunció su clásica frase (**"Me voy a Suecia"**), **Mayer** expulsó a **Gilbert** sin contemplaciones. El elegido para sustituirle fue **John Barrymore**, uno de los pocos actores a quienes **Greta Garbo** respetaba. El siguiente obstáculo sería el personaje que debía encarnar **Clark Gable**: la edad del actor no se ajustaba a las necesidades del guión, era imprescindible buscar a un tipo más maduro, y se quedaron con **Wallace Beery**. Tercer problema: **Joan** no estaba de acuerdo con la poca importancia que le habían concedido a su personaje en el film, pero teniendo en cuenta que esa iba a ser su segunda película importante, no podía exigir demasiado, y accedió a hacer lo que le pidieron. Era diciembre de 1931, empezaba para el estudio la ardua tarea de intentar que las delicadas personalidades de las estrellas no colisionasen entre sí.

**Joan** esperó con unas ansias incontenibles el primer día de ensayos, ya que en teoría iba a conocer a la **Garbo**. Pero claro, en el mundo de **Greta Garbo** las cosas se desarrollaban de una forma bastante particular, y el concepto de "ensayos", por ejemplo, perdía toda su validez, de modo que **Joan** no tardó mucho en enterarse de que **Miss Garbo** no asistiría a ningún ensayo. Y por si eso fuera poco, además estaba previsto que la intocable actriz rodase sus secuencias sola o exclusivamente con los actores que iban a trabajar con ella, y el estudio había tenido que ceder ante la negativa de **Garbo** a posar junto al resto de estrellas del film en las fotos promocionales. Eso suponía un contratiempo bastante molesto para **Joan**, ya que no compartía ni una sola escena con la diva y era posible que ni tan siquiera llegase a verla en persona en todo el rodaje. Las exigencias de **Greta Garbo** se divulgaron justo en ese primer día de ensayos. **Joan** llegó envuelta en ropas glamurosas y cargando con su estúpido perro **Woggles** (en el Hollywood de los años 30, las estrellas y las que aspiraban a serlo tenían por costumbre llevar siempre un chucho bajo el brazo; era una especie de símbolo de glamour, y **Joan**, claro está, no iba a ser la excepción). Para su sorpresa, al traspasar las puertas del estudio, descubrió con horror que era la primera en llegar (otra regla de oro: una estrella nunca llega la primera, eso es una flaqueza; una estrella debe llegar la última y obligar a los demás a que esperen su entrada triunfal).

Contrariada por su mala planificación horaria, aparcó al perro donde pudo y contempló cómo iban personándose sus compañeros de película: **Lionel Barrymore, John Barrymore, Wallace Beery**... todos menos la fantasmagórica **Garbo**. Y así fue como se desarrolló todo el rodaje: **Joan** vio a diario a **Barrymore, Beery & co.**, y se quedó con las ganas de entablar relación con su ídolo. La amistad con gente de la calaña de **Joan Crawford** era algo que no entraba en los planes de **Greta Garbo**, y sus tácti-

cas para esquivar a quienes no deseaba conocer eran infalibles. **Garbo** era la única actriz del film que rodaba después de comer, cuando ya no quedaba nadie en el estudio. Tenía por costumbre llegar de incógnito y hacía su trabajo con la mínima gente posible a su lado.



El estreno de "**Grand Hotel**" estu-

Crawford & Gable.

vo rodeado de la grandilocuencia típica de aquellos días. ¡25.000 personas se tiraron a la calle para celebrarlo! Asistieron invitados de lujo como **Jean Harlow**, **Clark Gable** o **Marlene Dietrich**, y obviamente **Garbo** no dio señales de vida. La actitud esquivada de la actriz se había publicitado tanto que en la ceremonia del estreno **Wallace Beery** se disfrazó como ella y le dedicó una pequeña parodia, simulando que estaba harta de todo y regresaba a Suecia.

A estas alturas, el matrimonio de **Joan** y **Fairbanks** empezó a venirse abajo. La disciplina paramilitar con la que conducía su vida la actriz era inaguantable para quienes la rodeaban. Había pasado de ser un pendón descerebrado a ceñirse a unas reglas inquebrantables, como si su trabajo no terminase jamás. Solía organizar fiestas en su casa, pero a las 21.00 h. en punto despedía a todos los invitados —actores y actrices en su mayor parte— para que pudiesen acostarse pronto y estar frescos en la siguiente jornada laboral. Era un tipo de vida que no convencía ni en broma a Fairbanks, un tipo que se tomaba las cosas con mucha más calma y para quien su carrera no era lo prime-

ro. **Joan** se despedía del mundo cada noche a las 22.00 h. en punto, ni un minuto más, ni un minuto menos, y obligaba a su marido a hacer lo mismo. Por otra parte, surgieron infidelidades en la pareja: **Fairbanks** se acostaba a escondidas con una extra y **Joan** mantenía una calenturienta relación con el mismísimo **Clark Gable**.

La conexión entre **Gable** y **Crawford** era total. Los dos disfrutaban plenamente con el sexo, eran de orígenes humildes y se aferraban a la higiene como si les fuese la vida en ello. **Gable** se duchaba varias veces diarias, usaba distintos trajes a lo largo de un mismo día, le gustaba perfumarse y se depilaba las axilas como si fuese una modelo (!). **Joan** era más fobiosa aún: nunca usaba una taza de water si no la limpiaba antes personalmente, se lavaba las manos a todas horas, no salía de casa sin guantes, jamás aceptaba un cigarrillo de alguien si no había abierto ella el paquete y solía limpiar su mansión de arriba abajo aunque prácticamente no hubiese suciedad. Ambos habían coincidido como extras, años atrás, en una película titulada "**The Merry Widow**" ("**La viuda alegre**", 25), pero en aquel entonces no llegaron a conocerse. Cuando por fin conectaron fue en el rodaje del film "**Dance Fools Dance**" ("**Danzad, locos, danzad**", 31), y durante una larga temporada se revolcaron a gusto en el camerino móvil que tenía **Joan** en los estudios de MGM. Por lo visto, **Fairbanks**, que tardó en divorciarse de ella, no llegó a enterarse nunca de lo sucedido, pero la mujer de **Gable** sí que se dio cuenta y le exigió a **Louis B. Mayer** que acabase con esa relación o estaba dispuesta a montar un escándalo. Dicho y hecho: Mayer le advirtió que si seguía viendo a **Crawford** podía despedirse de su carrera de actor, y **Gable** cortó con ella sin pensárselo dos veces. La ruptura con **Clark Gable** fue sólo un pequeño contratiempo para **Joan**, nada serio. En pocos días ya tenía otro tipo a su lado: el "*high class*" **Franchot Tone**, protagonista de los sueños húmedos de **Jean Harlow** y **Bette Davis**, que aspiraban a agenciárselo